

TOMÁS BÁRBULO

VÍRGENES Y VERDUGOS

Copyright © Tomás Bárbulo, 2019
Copyright de esta edición © Ediciones Salamandra, 2019

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-33-3
Depósito legal: B-2.820-2019

1ª edición, febrero de 2019
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

Para Nur, que alumbra mi camino.

Vuestras mujeres son campo labrado para vosotros. ¡Venid, pues, a vuestro campo como queráis!...

Corán, sura 2, aleya 223

I

JUNIO

La puerta verde se abrió. Un hombre barbudo asomó la cabeza, miró a derecha e izquierda y desapareció en el interior de la casa. Inmediatamente después salió una mujer cubierta con un hiyab azul. La puerta se cerró a sus espaldas. Avanzó a paso vivo por el callejón desierto; sólo se oía el ruido que producían sus sandalias al golpear las plantas de los pies, teñidas de henna. Del hombro llevaba colgado un bolso barato de color marrón.

La mujer era joven. Al caminar, sus caderas hacían oscilar el caftán gris perla que la cubría desde el cuello hasta los finos tobillos y permitía adivinar una figura esbelta. Sus ojos pardos observaban con atención.

Ascendió con seguridad por el laberinto de callejas de apenas un metro de ancho que se retorcían y bifurcaban o terminaban bruscamente en una pared. Sólo se encontró con una vieja que, doblada por la cintura, baldeaba la entrada de su casa con zotal. Alzó la cabeza: nubes grises pasaban rápidamente por la estrecha franja de cielo que las casas dejaban ver, anunciando lluvia sobre Ceuta.

A medida que avanzaba, las calles se iban haciendo más rectas y más anchas, y permitían a la débil luz de la tarde abrirse paso por ellas. El barrio del Príncipe estaba extrañamente solitario y silencioso.

Cuando alcanzó la calle principal, una multitud le impidió seguir.

Más de un millar de personas bajaban en silencio por la calle de San Daniel. Mujeres de negro tocadas con peinetas, calzadas

con tacones y con báculos de plata en las manos abrían la marcha. Las seguían una decena de encapuchados con los pies descalzos y encadenados, inclinados bajo el peso de las cruces que cargaban auestas. Hombres vestidos con trajes oscuros portaban en andas el Cristo de Medinaceli. La imagen parecía flotar sobre la marcha: la triste cabeza inclinada y coronada de espinas, el cuerpo embutido en una túnica morada, las manos atadas. Pocos metros más atrás se mecía la Virgen de los Dolores, cubierta con un lujoso manto negro. Policías en uniforme de faena caminaban, vigilantes, junto a las imágenes.

Desde los balcones y las azoteas, madres y niños musulmanes contemplaban la solemne comitiva. Entre los curiosos apostados en las aceras había varios hombres con chilabas. Sus rostros serios y afilados asomaban bajo las capuchas puntiagudas.

La mujer apretó el bolso marrón contra su pecho, chasqueó la lengua con fastidio y se dispuso a esperar para cruzar la calle. Entonces la oyó:

—Hijos de puta.

La muchacha no tendría más de catorce años. Como ella, iba tocada con un hiyab y vestida con un caftán.

—Hijos de puta —repitió la chica mirándola de reojo—. Sólo vienen al Príncipe para esto.

No había gritado, pero lo había dicho para que la oyeran quienes la rodeaban. La mujer la examinó con interés: apoyaba los libros de texto en la cadera y sus gruesos labios estaban contraídos por la rabia, pero más impresionante era la furia que contenían sus grandes ojos verdes.

Nadie le respondió. Ella tampoco; se limitó a esperar a que pasara la procesión. Luego cruzó la calle, se acercó a una casa amarilla de dos pisos que parecía encastrada entre las viviendas vecinas, sacó la llave y entró.

—¿Malika, eres tú? —gritó una voz desde el patio trasero.

—Sí, mamá.

—¡Hay que retirar la ropa, parece que va a llover!

No hizo caso. Subió directamente a su habitación, bloqueó la puerta con el pestillo y dejó el bolso sobre la cama. Sacó de él un folio doblado y lo desplegó: era un billete electrónico de Turkish Airlines para volar de Málaga a Estambul dos días más tar-

de. Abrió el armario y lo escondió en el bolsillo de un abrigo viejo.

Marcó un número en el móvil, pero no obtuvo respuesta. Se sentó en la cama con el portátil en el regazo y abrió el correo electrónico. Escribió: «Domingo a las 12.15. En el hotel de Málaga la noche del sábado», y lo envió.

Cerró el correo y abrió un documento PDF. En la pantalla se desplegó un organigrama del Estado Islámico. En la parte superior, el rostro ceñudo y barbado de Abu Bakr al-Baghdadi, el califa. Debajo, encerradas en círculos, las caras de sus lugartenientes. Se detuvo en dos de ellas: Abu Mohamed al-Shistani, el checheno pelirrojo que dirigía el ejército, y Abu Mohamed al-Urdani, el jordano que decidía sobre la seguridad. El Checheno sería fácil de reconocer, con su larga barba roja y lacia. El rostro del segundo, adornado por una barba negra y rizada, era más corriente.

El móvil comenzó a sonar; lo descolgó antes del segundo timbrado.

—Hola —saludó—. Todo ha ido bien. Acabo de enviaros un email. Será el domingo a las doce y cuarto... No, no necesito un arma. Si me descubren no me va a salvar una pistola... Sí, el sábado. ¿Vas a venir tú?... Sí, sí. Tengo suficiente.

Apagó el teléfono y se quedó mirando la pantalla, ensimismada.
—¡Malika, la ropa!

Cerró el portátil y lo dejó sobre la mesa. Se asomó por el ventanuco: una lluvia fina comenzaba a puntear de negro la calle sin aceras. Abrió la puerta y bajó la escalera.

—Coches que puedan arreglarse —dijo el Saharaui, y dejó el vaso de té sobre la bandeja dorada.

Era un hombre joven y esbelto. Una hilera de perfectos dientes blancos asomaba entre su barba negra cuando sonreía. En la cabeza llevaba un gorro afgano que dejaba ver su cabello recogido detrás de las orejas.

Con el Saharaui, sentados en círculo sobre alfombras de seda y recostados en duros cojines, había cinco hombres. Todos vestían túnicas blancas y pañuelos de algodón ajustados a la cabeza con cordones. Por la puerta abierta de la jaima entraba el aire seco del desierto, pero tres potentes aparatos portátiles de aire acondicionado lo devolvían enseguida al exterior. Un brasero esparcía aroma de sándalo.

—Cualquier coche puede arreglarse —dijo, encogiéndose de hombros, un joven de rasgos finos y barba cuidadosamente recortada.

—Por supuesto, alteza. Pero un BMW o un Mercedes tienen sistemas electrónicos que sólo pueden ser reparados en talleres especializados y, por desgracia, no los hay en nuestro territorio. Cuando a uno de esos magníficos coches se le funde un faro, se queda tuerto; cuando se le estropea el sistema de arranque, se queda parado; no hay nada que hacer: conseguir un repuesto es imposible. ¿De qué sirve un lujoso yate en un estanque? Necesitamos coches que cualquier mecánico pueda arreglar.

Un hombre de barba blanca dejó oír su voz grave:

—Te entiendo. Es mejor un asno que te lleve y no un caballo que te tire.

El Saharaui inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—No sé a qué tipo de coches te referes —replicó el joven con insolencia—. Hoy todos tienen sistemas electrónicos. ¿Acaso pretendes que vayamos a comprar chatarra a los taxistas de El Cairo?

Un individuo con gafas ahumadas, bigote y perilla habló casi en un susurro:

—Toyota. Lo que pide son Toyota.

El joven soltó un bufido. Los otros cuatro lo miraron con disgusto.

El Saharaui asintió, mesándose la barba.

—Los Land Cruiser y los Hilux, por ejemplo, son más baratos y más fáciles de reparar que los BMW y los Mercedes que nos enviasteis y por los que os estamos tan agradecidos. En la caja del Hilux es posible montar una ametralladora... —Se volvió hacia el joven—. Debéis perdonarnos, alteza. Todavía estamos muy lejos de alcanzar vuestro desarrollo y vuestra competencia. No somos más que beduinos que riegan el desierto con sangre en el nombre de Alá.

El hombre de la barba blanca alzó los ojos al cielo.

—«Todo suelo que pisen, para irritación de los infieles» —recitó—, «y toda ventaja que obtengan sobre el enemigo serán inscritos como obra buena...».

—«Alá no deja de recompensar a quienes hacen el bien» —corearon los otros.

—¿Cuántos coches necesitas? —preguntó el de las gafas ahumadas.

El Saharaui suspiró.

—Los que vuestras posibilidades y vuestra generosidad os permitan darnos.

—¿Veinte? —preguntó el joven enarcando las cejas y abriendo los brazos con las palmas de las manos hacia arriba—. ¿Treinta?

—Veinte serían mejor que diez y treinta mejor que veinte.

—Pues que sean treinta —dijo el muchacho zanjando el asunto con un gesto displicente.

El Saharaui tosió ligeramente.

—Perdonadme si os hago otro ruego. Nuestro movimiento no es como uno de esos remolinos de polvo que surgen en un momento y desaparecen tan pronto como surgieron: ha llegado para quedarse. Sin embargo, la mayoría de nuestros hombres visten andrajos y calzan lo que encuentran. Eso no ayuda a sembrar entre ellos la moral y la disciplina que debe tener un ejército. Necesitamos uniformes y botas.

El joven dejó escapar una risa irónica.

—Imagino que no querréis botas de cuero, sino de tela. Así serán más fáciles de reparar.

—¿Cuántos uniformes? —preguntó el de las gafas ahumadas, ignorándolo.

—Treinta mil.

El hombre pensó un rato mientras daba vueltas al rosario musulmán que llevaba en la mano.

—Ahora sólo puedo proporcionarte veinte mil —dijo al fin—. Son buenos uniformes del ejército de Estados Unidos. Sin estrenar. —Miró a un individuo grueso que había permanecido callado hasta ese momento—. Abdulá, ¿cómo podríamos hacérselos llegar?

El otro dio un respingo.

—¿En uno de mis barcos? Bueno... Pero no podría hacerse directamente —titubeó—. Me parece que hay uno, un carguero que saldrá de Yeda dentro de un mes. Irá a España a recoger varios contenedores... Podríamos camuflarlos como ropa usada... Luego los desembarcaría en Turquía. Allí tendrían que recogerlos ellos, claro —añadió apresuradamente y luego repitió mirando al Saharai—: Recogerlos es cosa vuestra.

Al Saharai le brillaron los ojos.

—¿A qué lugar de España irá el barco?

—No me acuerdo... —El gordo se puso unas gafas de lectura, sacó su teléfono móvil y manipuló la pantalla mientras los demás se mantenían en silencio—. A Valencia —dijo al fin—. Zarpará el día treinta hacia Valencia y luego navegará hacia Mersin. Allí os podréis hacer cargo del contenedor.

El de la barba blanca miró al Saharai.

—¿Podemos ayudarte en alguna otra cosa?

El Saharai se llevó la mano diestra al corazón.

—He obtenido más de lo que merezco. Vuestros sacrificios fertilizan la semilla del futuro. Esperamos poder devolveros pronto vuestra generosidad multiplicada por cien.

Un murmullo de protestas corteses acogió sus palabras. En cuanto se apagó, el Saharaui dirigió una luminosa sonrisa al joven de la barba recortada.

—¿Y cuándo podremos recoger los coches, alteza?

La cocina de la casa amarilla del Príncipe era amplia pero oscura. La única luz del exterior entraba a través de una ventana que daba al patio, cubierto ahora de nubes y golpeado con furia por la lluvia. Una lámpara de color rosa pendía sobre la mesa de formica marrón. Adosados a una pared había varios armarios a juego con la mesa. Bajo ellos, un fregadero, un escurrplatos, una cocina de butano y una cajonera azul. En un rincón, un electrodoméstico estaba envuelto en plástico transparente.

Sentada a la mesa, Malika pelaba zanahorias y patatas. Otra mujer estaba de pie fregando los cacharros de la cocina. Si alguna vez había sido guapa, la grasa se había encargado de cubrir las hue-llas de su belleza. No obstante, sus labios, oscuros y de comisuras ligeramente curvadas hacia arriba, eran iguales que los de Malika. El estruendo de los truenos que hacían titilar la luz de la lámpara no alteraba su monólogo:

—...casarte con un nazareno, te lo advertí. Malika, hay cientos de musulmanes que darían su mano derecha por casarse contigo. ¿Dónde iban a encontrar ellos a una mujer guapa que además tenga el título de enfermera y sepa hablar el inglés y el fusha como un jefe de Estado? Pero tú te empeñaste en casarte con ese médico cristiano. Mira: desde que lo vi, supe que terminaría por darte la papela...

Malika habló con voz cansada:

—Mamá, te he dicho mil veces que fui yo quien se divorció de él, no él de mí.

—¡Más a mi favor! Qué necesidad tenías de casarte con ese hombre. Para él no eras más que una mora, no una mujer a la que cuidar y con la que tener hijos. ¡Alguien que no es musulmán no puede ser bueno! —Mientras hablaba, la mujer manipulaba con estrépito los cacharros—. ¡Lo dice el Corán!

—Basta ya. Mario es un buen hombre. Un hombre tradicional —dijo Malika y murmuró para sí—: Demasiado tradicional.

—Eso no habría sido un problema si te hubieras casado con un buen musulmán, también tradicional. Te habría hecho hijos que te mantendrían atareada desde la salida del sol hasta el ocaso. No tendrías tiempo para aburrirte, como no lo tuve yo contigo y con tu hermano. Os di de comer, os cuidé cuando estuvisteis enfermos, os acompañé al colegio... ¡Pero de eso nadie se acuerda! De no haber sido por mí, vuestro padre os habría llevado a Beni Melal. Si no lo hizo fue porque yo le dije que ni hablar. Ahora andaríais por los riscos cuidando cabras o habríais muerto en una patera. Y tal vez habría sido mejor, porque tú te fuiste con el nazareno y tu hermano... Tu hermano... —La mujer sollozó y se apoyó en el borde del fregadero de aluminio—. Mira, vivo con el corazón encogido, cada vez que llaman a la puerta pienso que es para anunciarme que lo han matado. ¡Oh, Alá! ¡Una, divorciada de un nazareno, y el otro, traficando con la hierba! —Señaló con su grueso índice el electrodoméstico envuelto en plástico—: Ahí está el lavaplatos que me regaló tu hermano, sin estrenar. No voy a usarlo nunca porque fue comprado con dinero sucio. Si lo usara y un día lo mataran, me volvería más loca de lo que estoy.

—No es lo mismo estar divorciada de un nazareno que dedicarse al tráfico de drogas.

—¡Ambas cosas ofenden a Alá! ¿Qué vas a hacer ahora? Ya tienes veintinueve años, eres demasiado mayor. Aún eres guapa, y más con el hiyab, no como ibas antes, con el cabello pintado de colores y a la vista, como las rameras. Pero la luz del amanecer ya no ilumina tu cara, hijita. No estás en edad de elegir. Tendremos que conformarnos con el primer hombre que llame a esa puerta, sea joven o viejo, rico o pobre.

—No pienso volver a casarme. Sólo quiero trabajar.

—¡Trabajar en dónde! No hay plazas en el hospital, no hay plazas en las clínicas, ¡no hay trabajo!

—Mañana tengo que ir a Málaga para una entrevista en una clínica.

—¿Mañana? Mañana es sábado, está todo cerrado.

—La mujer que debe entrevistarme no puede otro día. Tomaré el barco de las once a Algeciras y luego el tren hasta Málaga. Me ha reservado una habitación en un hotel.

—¡Un hotel! ¡Una mujer sola en un hotel!

El Saharaui y el hombre de la barba blanca alzaron la mano para despedir al último todoterreno. El sol poniente teñía el cielo de color violeta. El viento había cambiado de dirección y soplaba ahora desde la costa, levantando nubecillas de arena en las crestas de las dunas. Una placentera sensación de frescor se había instalado en el ambiente. Mientras contemplaban cómo se alejaban las luces rojas del automóvil, el de la barba blanca comentó con su voz grave:

—Sabes que honras mi tienda con tu presencia, pero yo en tu lugar procuraría no perder el avión.

El Saharaui no respondió de inmediato. Tampoco cambió de postura. Cuando el coche se perdió de vista, preguntó con voz ronca:

—¿Cuánto crees que tardarán en venir a por mí?

El otro se dio la vuelta y lo miró a los ojos. Era más bajo que su huésped, así que tuvo que alzar la cara para hacerlo.

—No lo sé, pero es posible que alguien esté ahora mismo hablando desde uno de esos coches para azuzar a los perros que deben apresarte.

—Todo ha sido una farsa entonces...

—No. El príncipe es un estúpido, pero creo que ha dicho la verdad; te dará los vehículos que ha prometido e incluso alguno más. A falta de inteligencia, le gusta presumir de dinero. El peligro viene de Feisal. Conozco a ese chacal desde que éramos niños y puedo decirte lo que está tramando en cada momento aunque oculte sus ojos detrás de unos cristales ahumados.

Seguían ante la puerta de la tienda. El hombre de la barba blanca despidió con una seña a dos sirvientes que esperaban. Cuando se retiraron, tomó del brazo a su invitado y echó a andar por la arena.

—Lo invité porque preferí tenerlo dentro que fuera —dijo—. De ese modo evitamos que se presentara con sus hombres de la Seguridad Estatal. Y no me arrepiento. ¿Sabes cuándo me di cuenta de que te iba a traicionar? —Continuó sin esperar respuesta—: Cuando implicó a Abdulá en el transporte de los uniformes. Si Feisal quiere hacerte llegar veinte mil uniformes, no tiene más que llenar dos camiones con ellos. No necesita a Abdulá. Probablemente lo ha metido en la operación para poder presionarlo cualquier día con la información de que uno de sus barcos lleva uniformes para vosotros. No debéis ir a recogerlos a Turquía. Os estarán esperando.

El Saharaui asintió. Sus ojos entrecerrados revelaban una intensa concentración.

—Voy a por mi bolsa. Sólo tardaré cinco minutos. ¿Podrías hacer que me acercaran al aeropuerto?

—Mi chófer te llevará.

Entró en la jaima, cambió su tocado afgano por otro árabe, metió sus escasas pertenencias en una bolsa de cuero y volvió a salir.

Al verlo aparecer, el otro sonrió y señaló su cabeza.

—Mejor con la kufiya. Y con la barba ya no te pareces a Obama.

Lo tomó del brazo y lo acompañó hasta el Mercedes G que ronroneaba a unos metros. El Saharaui se inclinó para amagar un beso en cada mejilla.

—La paz sea contigo.

—Que Alá te acompañe.

Subió al vehículo y el conductor arrancó suavemente.

Ya había anochecido cuando entraron en Doha. Nubes rojizas coronaban los gigantescos edificios que se alzaban como menhires al borde del mar. El chófer guardaba silencio mientras se deslizaban lentamente por el río de coches. A un lado de la calzada, una grúa recogía un Maserati averiado.

El pasajero parecía ensimismado, ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Se sobresaltó cuando el conductor le preguntó si debía dirigirse a la puerta de salidas o a la de llegadas.

—Salidas —dijo.

El vehículo se detuvo ante la terminal. El Saharaui dio las gracias, recogió su bolsa, se bajó y se mezcló con los demás viajeros. Varios turistas fotografiaban con sus teléfonos la descomunal escultura de un peluche amarillo. Pasó junto a ellos y se detuvo bajo las pantallas de información colgadas del techo. Aún faltaban tres horas para la salida de su vuelo. Se dirigió al spa, compró un bañador y nadó durante media hora en la solitaria piscina acristalada. Estaba poniéndose el albornoz cuando un hombre asomó la cabeza, lo miró, dio media vuelta y desapareció.

Comprobó que el teléfono móvil estaba en su bolsillo y estiró su cuerpo largo y plano sobre una tumbona. Un tipo grande e hiper musculado entró y lo saludó en inglés con acento americano. Llevaba el pelo rubio muy corto. El Saharaui observó cómo se agachaba y metía la mano en el agua para comprobar la temperatura.

—*So nice!* —le dijo el rubio con una gran sonrisa.

Luego soltó un grito, se tiró en bomba y se alejó haciendo mucha espuma.

El Saharaui se levantó y fue al vestuario. Abrió la taquilla, sacó la bolsa y observó atentamente el interior. Deslizó sus largos dedos por los bordes, palpó la ropa y buscó en los zapatos, pero no encontró nada.

Se vistió y se dirigió al control de seguridad. En una mano llevaba la bolsa; en la otra, un pasaporte saudí falso y un billete de avión de Turkish Airlines. Destino: Estambul.

Malika estaba haciendo la maleta cuando llamaron a la puerta con los nudillos.

—Pasa, Rachid —dijo.

Un joven alto, con el pelo muy corto y las gafas de sol sobre la frente, entró en la habitación. Vestía una camiseta negra de la selección alemana de fútbol, vaqueros y deportivas.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Por el mal olor —respondió ella con sarcasmo.

El chico hizo como si no hubiera oído y miró la maleta.

—¿Te vas de viaje, hermanita?

—¿Tú qué crees?

Rachid se dejó caer en la cama y cruzó las manos detrás de la cabeza.

—¿Adónde vas?

—¿Desde cuándo te importa dónde voy?

El muchacho habló con un tono exageradamente calmado:

—Llevo una hora esperando a que mamá salga de casa para poder verte. He tenido que saltar el muro del patio. Podrías ser un poco más amable.

Malika metió el neceser en un lateral de la maleta y se volvió con los brazos en jarra.

—¿Qué quieres?

—¡Nada! —exclamó él incorporándose y levantando las manos en son de paz—. Sólo te pregunto adónde vas.

Ella volvió a afanarse en su maleta.

—A Málaga.

—Puedo llevarte.

—No, gracias.

El chico suspiró.

—¿Me dejarás al menos acercarte al puerto?

—Rachid, no sé qué estás buscando, pero desde ahora mismo te digo que no.

Sacó del armario una túnica negra, la dobló y la metió en la maleta.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—¿A ti qué te importa?

—Parece un niqab.

La mujer señaló la puerta con el dedo.

—¡Fuera!

—Vale, vale. —El muchacho volvió a levantar las manos, ahora en señal de rendición—. ¿A qué hora sale tu barco?

—Dentro de una hora y media —dijo ella y cerró la maleta.

—Déjame que te ayude —Rachid levantó la maleta con la misma facilidad que si estuviera vacía y comenzó a bajar las escaleras.

—¡Te he dicho que voy por mi cuenta!

—Te espero en el coche —replicó él sin volverse.

Había aparcado su BMW rojo en la calle lateral. Dejó la maleta en el asiento trasero y encendió el motor y la radio. Buscó en el dial hasta que comenzó a sonar rap marroquí, subió el volumen y sonrió al sentir la vibración que el estruendo producía en el salpicadero.

Malika apareció al poco rato, remetiéndose el hiyab por el cuello del caftán.

—¿Te gusta? —Rachid señaló la radio con un gesto mientras movía el tronco al ritmo de la música.

Ella alargó una mano y apagó el aparato.

—Si me vas a llevar, déjate de tonterías. Si no, llamo un taxi.

El chico suspiró, se puso las gafas y arrancó.

—¿Y a qué vas a Málaga? —preguntó al rato.

—A una entrevista de trabajo.

—Vaya. ¿Un sábado?

Mientras hablaba, echó el coche a un lado e hizo sonar la bocina un par de veces.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Malika, exasperada.

—Es un momento, sólo voy a darle un recado a un amigo.

Enseguida se abrió la puerta de una casa y salió un muchacho muy delgado con una barbita de chivo. Rachid le dio la mano a través de la ventanilla.

—¿Cómo vas?

—Bien.

—¿Le diste eso a Ali?

—Sí.

Señaló a Malika.

—Mira, te presento a mi hermana. Malika, éste es Hussein. —El otro se agachó y asomó dentro del coche su cara de chivo sonriente—. No está así de flaco porque le falte dinero para comer: tiene una fortuna bajo el colchón. Lo que le pasa es que está enamorado. ¿A que sí, Hussein?

El muchacho se puso colorado. Malika miró a su hermano.

—O me llevas ya o me bajo ahora mismo.

Rachid se encogió de hombros.

—Bueno, amigo, tenemos que irnos. Hussein, Malika; Malika, Hussein —repitió señalándolos alternativamente—. ¡Adiós, amigo! —Pisó el acelerador y se alejaron calle abajo. Tras un silencio, añadió—: Está enamorado de ti. «Preséntame a tu hermana», me dijo. Con las mejores intenciones, ¿eh? —Ella no respondió—. Tiene pasta: se saca cinco mil al mes, y está soltero. Pasa droga, pero no la prueba. Es un buen partido.

—Déjame aquí.

—¿No quieres que te acompañe hasta el barco?

Malika no respondió. Sacó su maleta del asiento trasero, cerró de un portazo y se alejó hacia la entrada del edificio de la aduana. Dos hombres descendieron de otro coche y echaron a andar tras ella. No llevaban equipaje, sólo unas anticuadas riñoneras.